

Opinión

EL PERISCOPIO

Manuel Alcántara



MIL DÍAS Y UNO MÁS

La balanza está oxidada, pero todas las encuestas señalan a Ciudadanos como primera fuerza política, dentro de la anemia nacional. El partido de Albert Rivera crece porque los demás menguan y la formación naranja, que todavía está sin expresar, se afianza en una tendencia al alza mientras el PP y el PSOE bajan. Todo esto está pasando después de que la manifestación, que seguimos llamando feminista, lo alterara todo. Faltan quince meses para las elecciones europeas, autonómicas y municipales. Como ahora todo se mide en decimales, el partido de Rivera, según dicen, ha crecido hasta el 28,9%. Lo que de verdad confirman las encuestas es que Rajoy tendría motivos para perder los nervios si tuviera nervios, pero no es el caso. Lo curioso es que Podemos haya remontado su lento ascenso después de prometer lo que no podía dar, aunque nos gustara a casi todos.

Las movilizaciones del 8-M no deben quedarse quietas ni permitir que las paren. El déficit de mujeres en puestos clave no se corrige solo con manifesta-

Las encuestas confirman que Rajoy tendría motivos para perder los nervios, si tuviera nervios

ciones, pero España entera ha demostrado, llenando las calles, que prefiere la igualdad a la sumisión. Los avances en la legislación y la violencia contra las mujeres nos están haciendo recordar que ya superan a los hombres en titulaciones universitarias. Los que sigan hablando del 'sexo débil' son unos trogloditas voluntarios. La igualdad se ha convertido en una cuestión de Estado, mientras Manuel Carmena y Ada Colau coinciden en que están hartas de escuchar y lo que quieren es hacerse oír. Las dos alcaldesas del cambio dicen que su modelo municipal no es de las obras faraónicas, sino el de la cercanía a los ciudadanos. Mientras, Puigdemont espera su momento para volver del autoexilio. No tiene prisa, sabe que la espera ofrece un lugar confortable donde el tiempo transcurre de otra manera, que no tiene nada que ver con su reloj.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



Navarra y la innovación: ¿a qué esperamos?

INSTITUCIÓN Futuro acaba de publicar un informe que analiza el reciente índice de innovación de las regiones europeas (RIS) mediante el estudio de 18 parámetros de innovación en 220 de ellas. Recordemos que la innovación, entendida como un cambio basado en el conocimiento que genera valor y aplicada tanto al sector público como al privado, puede generar grandes beneficios para cualquier región.

Los datos indican que Navarra avanzaba paralela a los resultados de la UE28 hasta el año 2011, cuando bajó ligeramente mientras la UE subía, para caer 15 puntos en 2012 y perder su calificación de región fuertemente innovadora. En el último RIS, basado en datos de 2014-2015, se ha invertido la tendencia, pero la diferencia continúa siendo de casi 15 puntos. Si la media de la UE fuera 100, los datos navarros nos sitúan en un 85,5. Navarra ocupa ahora el puesto 120 de las 220 regiones examinadas.

Si se revisan los parámetros componentes del índice, se deduce que todos los elementos relativos a la modernización de nuestras pymes y a su innovación organizativa no mejoran. En el indicador de gasto en innovación excluyendo la I+D ocupamos el puesto 199 de 220. Y si este dato ha sido preocupante, lo es más en este momento en el que la globalización y el avance exponencial de las tecnologías amenazan la competitividad de toda empresa carente de agilidad, flexibilidad y apertura al mundo.

Las empresas deben invertir en I+D, pero dicha inversión no dará frutos sin la existencia de una organización capaz de cambiar, adaptarse y colaborar con otras empresas para llevar esa I+D al mercado. La innovación interna, en marketing o en organización, resulta tan importantes como la I+D. El mundo está lleno de proyectos de investigación que nunca llegaron al mercado porque las empresas no fueron capaces de lanzarlos en tiempo y forma.

Aunque algunos culpen al actual Gobierno de estos malos resultados, el bajo rendimiento en innovación de nuestra región es un problema de todos y no solo una materia que competa en exclusiva a la Administración. En este ámbito, su función consiste en crear un ecosistema o caldo

de cultivo favorecedor de la innovación, en la que las empresas y los ciudadanos también deben contribuir de manera decisiva a avanzar en la misma dirección.

Cada uno de los ciudadanos deberíamos mantenernos al día, actualizarnos y seguir formándonos a lo largo de toda la vida. La formación continua redundante, claro está, en un mejor trabajo en la empresa y, sobre todo, en la empleabilidad y promoción laboral. Además, como consumidores de bienes y servicios tenemos que empujar a la Administración para que sea un motor y ejemplo de transformación y, por nuestra parte, estar dispuestos a cambiar y probar nuevas cosas. Nosotros formamos las empresas: si no somos personas preparadas para el futuro y dispuestas a

transformar, nuestras empresas no podrán ser innovadoras. Sin ciudadanos innovadores no habrá empresas innovadoras.

Aun así, la experiencia confirma que no solemos ser rigurosos haciendo planes a largo plazo y elevándonos un poco del día a día y de nuestro propio entorno para colaborar con otros y solucionar problemas complejos: la escasa natalidad, las pensiones del futuro, los cambios en las leyes educativas... Parece que necesitamos un golpe de efecto o vernos al borde del precipicio para movilizarnos.

Como demuestran numerosos estudios, el PIB y la riqueza de los países tienen una relación directa con la innovación: a más innovación, más PIB. Hoy estamos 15 puntos por debajo de la media europea cuando deberíamos hallarnos por encima de ella. A este propósito, téngase en cuenta que hay países en otros continentes que van por delante de la UE y que las demás regiones europeas están trabajando por incrementar su competitividad. ¿A qué aspiramos? ¿A ser la mano de obra barata de otras regiones más innovadoras? ¿No? Pues habrá que actuar cuanto antes.

Ana Yerro Vela es directora general del 'think tank' Institución Futuro

LA VENTANA

Pedro Charro Ayestarán



PACMA

Las encuestas dan una victoria a Cs en las próximas elecciones generales, en las que recoge votos del PP y del PSOE (puede que enseguida recoja también militantes de uno y de otro), y cuentan con una pequeña novedad no desdeñable: por primera vez dan un escaño al PACMA, el partido animalista, que en las pasadas elecciones de 2016 ya sacó 284.800 votos, apenas 2.000 menos que el PNV que, con ese resultado, logró cinco escaños. Cosas de la ley electoral. La llegada de los animalistas al Congreso sería la prueba de que no estamos ante un fenómeno menor, sino ante un signo de nuestra época. Los derechos de los animales no son ya una cuestión de agitación o de denuncia, sino un asunto político que puede pesar en los programas y los pactos. Algo de esto se explica en el librito de Corine Pellunchon *Manifiesto animalista*, una especie de guiño al Manifiesto Comunista, que explica como el nuevo fantasma que recorre Europa (tras la ola imparable del feminismo), es el de la causa animal, una causa que haríamos mal en despreciar, pues emparenta directamente con otros asuntos como el modelo de desarrollo que queremos, la alimentación que necesitamos, el uso de los recursos etc. La sensibilidad creciente sobre todo esto incluye también ya la cuestión de los animales. Ya decía Ortega que las ideas no vienen solas, sino reunidas en un sistema, como las cerezas en una ristra y se adquieren en bloque. La causa animal, dice Pellunchon, es el corazón de un nuevo humanismo. Es un rasgo de piedad ante el sufrimiento y una petición de respeto ante los seres vivos, para que no sean tratados como cosas a nuestro servicio. Pero no deja de ser también, podría objetarse, el sueño de una sociedad alejada sin remedio de la naturaleza, la prueba de un mundo que ya no está habituado a convivir con los animales, y tiene una visión idealizada de ellos. Solo una sociedad opulenta y que no tiene otros problemas -o prefiere darlos por imposibles-, es capaz de entusiasmarse por una causa así y sentirse culpable, mientras convive a la vez con tanto sufrimiento humano sin resolver. No sabemos si estamos ante una nueva conciencia o ante un signo inequívoco de decadencia.